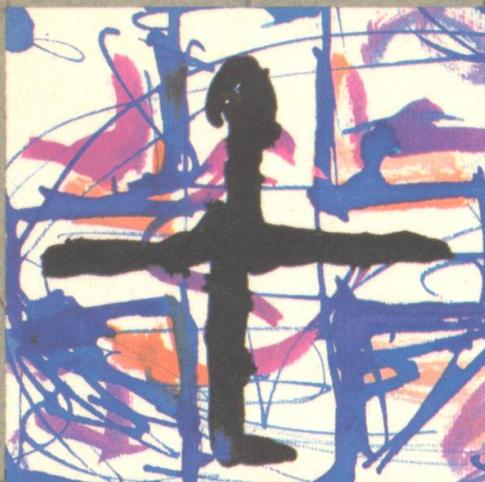
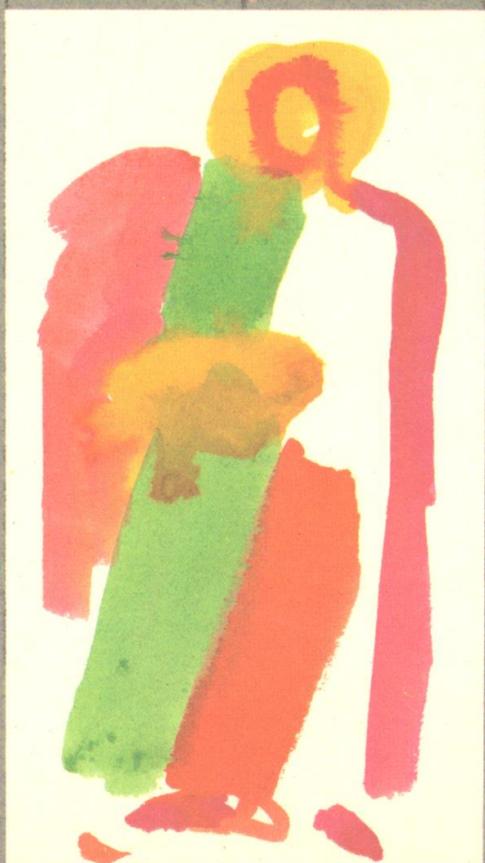


ANTONIO MORENO ANDRADE

SEMANA SANTA 1992



SEVILLA
PREGÓN



**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
5 de abril de 1992
Antonio Moreno Andrade**



*A mi madre; y con ella,
a la memoria imborrable
de mi padre.*

A Margari; a Álvaro y Borja.

*A todos los que sufren
privación de libertad.*



Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Ilmo. Sr. Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla.

Dignísimas Autoridades.

Queridos amigos.

Con la venia de los Cofrades de Sevilla.

ABSORTO el pregonero por tanta distinción, se disponía a trazar inútilmente la que habría de ser su más trascendente resolución. Barajaba mil ideas, desechaba caminos... en vano pretendía dibujar las coordenadas de su discurrir...

Le faltaba el sosiego, la claridad, la cadencia en su alma... fluían sentires, incontrolados deseos, sentimientos desordenados que confundían su espíritu y apremiaban su ánimo.

En aquel atardecer cárdeno, breve... hacía frío y el día se ponía lánguida y tristemente. Se hizo la noche y cubrió con su manto la ya vacilante luz del día.

Y de pronto, un vuelo de palomas rompió la difusa cercanía del horizonte. Veinticinco campanas habían súbitamente iniciado una etérea sinfonía que, de espadaña en espadaña, pregonaban de la Giralda a Sevilla las vísperas de su Inmaculada.

Una luminaria de azules intensos... la fragancia suave de los seises... despertando letargos, elevando corazones en una oración imaginaria que afirmaba la ciudad concepcionista.

... Y el pregonero, prendida su alma de marianismo, de sevillanía, entendió cuál era la vereda de su discurrir, cuál sería el camino amoroso de esta reflexión que ofrece hoy a Sevilla.

A esa Sevilla universal, cristiana y culta, a esa capital del mundo fantástica y sublime, mágica y barroca, elocuente en su silenciosa eternidad, a la que proclamo mi amor sin límites.



*A esa Sevilla caprichosa y sensual,
barroca y provinciana,
que vive de sus sueños becquerianos
y es insolente don Juan
queriendo ser Mañara...
¡Yo le declaro mi amor!*

*A esa Sevilla inmutable,
estática en el tiempo,
que se ciñe el Río Grande a la cintura
como una chicuelina,
¡Yo le declaro mi amor!*

*A esa Sevilla indefinible, etérea,
que da permanente culto a la Giralda,
arrulla con sus seises la Custodia,
y es en su advocación invicta y mariana,
¡Yo le declaro mi amor!*

*A esa Sevilla de mi sueño...
Yo le declaro mi amor,
mi entrega toda,
mi vida peregrina,
que cansada de surcar por otros mares
¡por siempre ancló mi alma a mi Sevilla!*

No existe la más leve duda en mi alma sobre el sentimiento que primeramente la atenaza, que golpea incesante este corazón mío, y es la gratitud que a todos profeso.

Gracias al Santísimo Cristo de la Expiración y a mi dulce Virgen de las Aguas, por ser vehículos de esta procesión ilusionada de la redacción del pregón.

Mi gratitud al Consejo General de Hermandades y Cofradías por su designación y su confianza.

Al Sr. Alcalde, por hacer suya tal propuesta y otorgarme la mayor gracia terrena que soñar podía.



Gracias, Sr. Delegado de Fiestas Mayores, por su generosidad y por su cariño al presentarme a la Sevilla· cofrade.

Gracias, amigos míos, por su presencia aquí; por su paciencia al oírme a través de las ondas y por tantas oraciones que han unido vuestra bondad a mis anhelos.

Y gracias, por fin Sevilla, a cuyos umbrales me acerco con el sueño y la ilusión de este acto profundamente filial y amoroso.

Yo vengo de una tierra milenaria aún más al sur; y necesito vitalmente la cercanía y la frescura de mi atlántica orilla, tanto como la sombra de mi adorada Giralda.

Pues un día llegó un niño a Sevilla y se sintió prendido de su belleza inmutable y excelsa, de la magia de sus sentidos, de sus luces y del caleidoscopio de sus calles y parques; de su historia y de su pujanza de presente. Y desde entonces ha sido mi vocación, mi diario descubrimiento, mi permanente contemplación esta tierra, que de tanto amarla es ya tan mía como de cualquier sevillano...

Esta tierra que me ha sometido a la prueba de fuego de la lejanía, de la añoranza, del llanto contenido al sentir en la distancia un clamor de cornetas y tambores, y a la que he varado mi vida para siempre.

Una tierra mía, Sevilla, de la que no habrá decisión humana capaz de separarme.

Es por ello que estoy hoy aquí, a sus umbrales, tocando con mi mano temblorosa el dintel de su puerta y anhelante de que me acepte como hijo, para que legitime mi fervor al anunciaros la cercanía de este tiempo sevillano y cofradiero... la dicha impagable de que un hombre sin mérito alguno pueda pregonar la Semana Santa de Sevilla, sin más credenciales que la bondad de ustedes, mi atrevimiento y mi sueño... Porque...

*No habrá un Cielo tan cielo,
ni un blanco más rotundo,
ni una más clara claridad,
ni una luz más fulgurante,
ni un silencio más sonoro,
ni un sueño más insomne que Sevilla.*

Muchas veces pienso que es Sevilla un imposible; que no existe; que es una



ilusión esculpida con la frenética gubia del sevillano, el ensueño amoroso de su culto filial... el fuego del anhelo que configura esta ciudad mágica a la que Pedro Salinas preguntaba...

*"...Porqué todas las tardes
tantas saetas me clavas,
rebrillo de azulejos
desde tus espadañas ..."*

Y ciertamente Sevilla no puede contemplarse sino desde la fantasía apasionada, desde la vehemencia ciega de una entrega total. Quizá no se encuentre esta ciudad sino en la magia del pensamiento y del amor.

Ciudad para ser aprehendida despaciosamente; para sólo ser entendida desde el deseo y la contemplación.

Sevilla es una ciudad impresionista, de momentos fugaces, de sensaciones caprichosas y sublimes... una universalidad, un sentimiento, un sueño apasionado y dulce.

Una ciudad mágica, un mosaico que se eleva en una cruz de guía que es rubia oración, un mástil amorosamente varado en el corazón; faro luminoso que hace que el Guadalquivir se proclame innavegable por morirse embelesado a sus plantas... banderilla de amor, afirmación de gracia, seña de la Primavera, de Cielo acariciado, risueña campanera de la ciudad soñada... torre fortísima y esbelta a cuyos pies se recrea la tierra de María Santísima.

*Te moldeó Dios con la arcilla,
y el Guadalquivir celoso
se adormeció en sus orillas,
que a un lado besa a Triana
y al otro adora a Sevilla.*

*Giralda de mis anhelos,
suspiro de la saeta
que Sevilla lanza al Cielo.*



*A ti te levantó el moro.
Y te bendijo Sevilla.
Te convirtió en oración
y te llamó "maravilla".*

Esta filigrana que es Sevilla se transfigura cuando un tiempo sensitivo va convulsionando su vida. Irán alargándose los atardeceres, afirmándose la retama, y la ciudad será una fragante sinfonía de azahares. El sevillano siente que se le va metiendo por los pulsos, que fluye la sangre más aprisa y que se hace más hechicera, más imperecederamente azul...

Y es que Sevilla, que parece concebida para la contemplación, que parece esculpida por los tallistas y orfebres para delectación de sus hijos, resurge de su aparente letargo y se ofrece arrebatadora, luminosa, imparmente bella. Y es que la Primavera, tan dulce e informal, se ha adueñado del alma de Sevilla ...

*Y un vuelo de jazmines...
y una vez más se hace la luz en Sevilla.
Y la aventura de sentir...
se transfigura en sensación vivificante
que dulcemente te llena de alegría.*

*La Primavera en Sevilla...
¡Virgen María...!
tan cerca está del Cielo,
que un Niño Jesús seise te acaricia
en un sueño de amor y de sosiego...
¡y ese sueño celeste es mi Sevilla!*

El sueño de Sevilla la hace convertirse, una vez más, en capital del mundo. Al tiempo que imprime su sello al relatar la Pasión, abre sus brazos, adelantada de España, al poderoso mundo americano. Cuando la Resurrección culmine nuestra peripatética oración, Sevilla será crisol de culturas del mundo todo y su realidad, enigmática y fascinante, se abrirá ante la admiración del Universo.

Porque era ya la Primitiva Hermandad de los Nazarenos de Sevilla ejemplar Madre y Maestra ... y acababan de aprobarse las Reglas de la del Señor del Gran



Poder... siendo Arzobispo de Sevilla don Diego Hurtado de Mendoza cuando era Sevilla la más pujante ciudad de Occidente... un grupo de hombres plantó una cruz de guía allende los mares. Como en la Vigilia de las Horas, vieron una tierra nueva y una gen- te nueva y sembraron la semilla de una evangelización que hoy, quinientos años después, cobra nueva necesidad y vigor y sufre los avatares de este tiempo difícil y pagano.

Ahora están aquí, mostrando su nueva tecnología y oponiendo poderosamente civilización a cultura, en una tierra sabia que sólo fugazmente se impresiona, porque es ella admiración en sí misma y el mejor espectáculo esté- tico que imaginarse puede.

A esos hombres que llegan a Sevilla atraídos por la Casa de Contratación y la luz cegadora de un nuevo Dorado, ofrece Sevilla su belleza apacible y su cultura milenaria. Su historia entera la encierra en el Archivo de Indias y se siente poseedora de tanto saber, de tanta vida escrita, que afirma su papel de Capitana del Mundo.

A esos hombres que, fascinados, contemplan una nueva ciudad, les llegará la música y el mensaje de Nuestra Semana Santa; advocaciones con dedicación de ultramar ... Victoria, Buen Aire, Guadalupe ... y recibirán el certero impacto fulgurante de su plegaria.

Yo quisiera adentrarles en el alma verdadera de Se- villa, que los colores deslumbrantes de la portada no impidan la visión de nuestra más íntima celebración. Y en una imaginaria estación de penitencia, como si de un Magno Sábado Santo se tratara, desde la negrura del antifaz de nazareno, recorrer las calles de esta ciudad dorada... paso a paso, cuenta a cuenta, de la mano del Rosario de Nuestra Señora.

Y así, desde el morado traslado de Bustos Tavera y la Magdalena, en que Jesús Descendido es una luctuosa premonición de su mensaje, hasta vivir esa ascua dorada de la mañana del Domingo en el Salvador, palpitante corazón infantil que pondrá el Amor en La Campana.

Y llevarle desde Sevilla a Triana, donde ya Justa y Rufina levantaron el estandarte de la fidelidad a la fe... un barrio de signo inconfundible que imprime su alma de grandeza a todo lo que hace y concibe.

*Con el barro de la orilla
hizo una Virgen Triana.
Se la regaló a Sevilla.*



*Le puso cara de Cielo,
lágrimas de seguidilla
y manos de filigrana.*

*Alfarero que modelas
las más expresivas manos...
de Triana una acuarela.
¡Que Sevilla es Altozano
cuando Tú pasas, Estrella!*

Mas no crea, forastero, que nuestra celebración es un acto folklórico, meramente estético o en que, por ese afán de señorío de Sevilla, pretenda dibujar un escenario tan espectacular como vacío. Si quiere penetrar en esta plaza invicta de Sevilla, déjese llevar por el suave sentir del sevillano, contemple el rito de esta ciudad desconcertante, difícil, que expresa a su manera el porqué la alegría de la celebración, el porqué de nuestra esperanza en la muerte.

O es que acaso no es amor el hecho de que una cofradía novicia cruce el mediodía del Martes Santo Sevilla entera para llevar, desafiando la fatiga y el cansancio, un mensaje rotundo de fe desde el lejano Cerro... o el afán de tantos sevillanos cuya mayor aspiración es escoltar a la Madre de Dios y acuden todos los primeros lunes a certificar su ilusión de ser "armaos" de la Señora... _

O no es amorosa sevillanía la rebelión de estos hombres que se integran en la Centuria, no para llevar a Cristo ante la justicia de Roma, sino para cuidarlo, amarlo con arrebatos y ser, "armaos de la Macarena", historia viva y gloria de la Semana Santa de Sevilla.

Nuestra Semana Santa es, sencillamente, la conmemoración de la Muerte y Resurrección de Cristo y su promesa esperanzada; sólo que sevillanizando la muerte, viviéndola como principio y no como fin, cantándola panorámicamente a través de una ciudad que parece trazada para el discurrir de las cofradías ... donde las calles, las esquinas, las callejas, parecen esculpidas para ofrecer el espacio justo para que la expresión de la armonía, el paso de palio, tenga en ella el fanal sublime de su oración.

Asómese, si no, a los rituales traslados del Viernes de Dolores; o ahora mismo, a la oración primorosa que los sacerdotes dedican a María, cincelandos amorosamente su plegaria mientras el pregón avanza su camino. Contemple cualquier viernes el



Miserere del Señor de Sevilla y entenderá en un momento, en una lección tan fugaz como imborrable, el tesoro de la fe sin adjetivos.

Sepa que Sevilla tiene hasta un santoral popular que, allende el tiempo, la Iglesia no tiene más que elevar a los altares. Así veneró en vida al Cardenal Spínola y sigue apasionadamente la dación de amor de don Miguel Mañara, y se llena de alegría con la presencia suave de las Hermanitas de la Cruz, que llevan el consuelo a los pobres y serenan la muerte desde el relicario del convento de Madre Angelita.

*Y del convento, la más dulce novicia,
que es un canto celestial a la ternura...
que a Sevilla embelesa su caricia
porque pasa, llenando de dulzura,
la Virgen más bonita, la Amargura.*

Ocurre que Sevilla es una permanente oración, un inacabado calendario que nunca amarillea y que hace de la Semana Santa todo el año, que vive para adorar a María y para identificarse con la Pasión. Sevilla es tierra de María Santísima y el lugar en el que más fácilmente se encuentra a Dios.

Y así, en esta ciudad de la luz, del barroquismo de la luz, un nazareno va a emprender su estación de penitencia, acariciando suavemente las cuentas de su rosario. Mientras, estación a estación, recorrerá un itinerario primoroso, sensitivo, espectacular, donde la celebración de la muerte y la vida pasa por el rito sensual de un bosque permanente de incienso, una dulce arboleda de cirios y un discurrir preciosamente trazado, que es la más fantástica expresión de la armonía.

Deme la mano, amable visitante y dispóngase a beber el alba a chorros, a hacer de la noche día, a ver a Dios en la tierra y transportarse unas horas al mismísimo Cielo que en Sevilla -cosas de la Giralda- está más cerca estos días.

Ya el sol se ha adueñado de Sevilla. Y esa luz única, luz de pleamar infinita, está presidiendo la vida.

La luz siempre en Sevilla. La luz que a ráfagas va bordando las sombras de celaje caprichoso de La Candelaria en los Jardines ... o la imagen patética del Cristo de Burgos en la Alcaicería ... o la Virgen de los Desamparados desafiando la física en su añorada salida de San Esteban y elevando su oración al Cielo desde el esfuerzo de amor de sus costaleros ...



Una Semana Santa llena de signos, de momentos, de mensajes según las claves de Sevilla, y que sólo el sevillano de verdad conoce ... atardeceres interminables, eternos; como cuando la Virgen del Patrocinio vuelve tras la muerte a Triana, prendida en su manto Sevilla toda... o cuando el tañido del muñidor de la Mortaja nos avisa el Viernes de la fugacidad de la vida y que parece ir gritando aquellos versos de Don Miguel Mañara:

*Oh, Justicia de Dios,
¡cómo igualas en la muerte
a la desigualdad de la vida...!*

Y así será su voluntad. Esa voluntad de muerte, de exacto cumplimiento de la muerte, de la promesa de vida cierta que el Domingo de Ramos, ya en las horas calmas de la noche, un Cristo de Amor y de Sevilla proclama a los vientos de la incredulidad:

*Amor de orilla a orilla,
Amor del Salvador, Dios imponente,
Interjección de Amor, vida exultante
que el Cristo del Amor pregona siempre.*

*Eres el canto a la divina muerte,
el canto a la promesa redimida,
¡Cristo del Amor, yo no creo en tu muerte,
porque tu muerte es la esperanza de mi vida!*



Primer Misterio

AMOR de Dios que irradia la Oración en el Huerto, la trascendente resolución del compromiso de amor del Hijo de Dios.

En la Oración del Huerto, Dios está afirmando su naturaleza, su debilidad humana, la huida de su promesa... "aparta de mí ese cáliz... ", para abrazar de inmediato su compromiso de amor, su aceptación de la voluntad del Padre.

Cristo orando en el Huerto; la duda de estremecimiento cuando por la Alameda avanza la Cofradía de Monte Sión en el atardecer del Jueves Santo.

La duda de los hombres. En este tiempo nuestro de in- definición, de abolición de horizontes, de implantación de posturas de negación y nihilismo, el compromiso cristiano del cofrade debe emerger impetuoso y sincero. Como hace quinientos años, la bandera de la Evangelización hay que sacarla extramuros. La Hermandad no puede vivir en el entorno de su sede; tiene que estar en la calle, afirmando su necesidad, su trascendente misión de difusión de los valores cristianos, de permanente validez de unos principios que son el apoyo único de nuestras vidas esperanzadas.

En la duda, el Hijo de Dios invoca el nombre del Padre. Y lanza su oración como



ancla de su salvación. La oración como alegre defensa ante la adversidad, ante la negación, ante la pretendida ausencia de Dios.

Carecería de esperanza la flaqueza humana sin el baluarte de la oración, de ese rosario que desgrana el nazareno en su chicotá desesperadamente esperanzada.

Desde la Plaza de los Carros, con su amoroso tintineo entre la transparencia de su palio de primores, la Virgen es el triunfo de la oración tras la agonía, la esperanza nuestra.

*¡Qué Virgen más bonita
por la Alameda!
¡Qué alegre musiquilla
de su oración!
¡Qué rosario más dulce
entre sus manos!
¡Qué palio acompasado...
que bendición...!*

*Las cuentas de tu Rosario
son chicotás de oración.
Cuánto más las acaricio
más cercano encuentro a Dios.
¡Reina de la calle Feria,
Virgen de Monte Sión!*

Sevilla tiene formas de expresión inusitadas. En su enigmática concepción de los valores, expresa el triunfo de la oración sobre el mal, el sentimiento de la fe, desde su irrenunciable necesidad de pregonarlos... Como la danza, como el aire, como la llama... formando incandescentes arabescos, desde un desconcertante barroquismo de las formas, para hacer visible lo invisible a través de la expresión. Por eso nuestros imagineros renuncian a su personal lucimiento; para humanizar las imágenes, para sevillanizar su mensaje.

¡Y claro que llegan al alma! Claro que cuando aparece Jesús Cautivo en La Campana como una oleada de bondades afirmando su presencia "Por un mundo mejor", nos llena de fe. Y qué decir de la oración serena y eucarística del paso de La Cena en la calle sol... Y del peregrinar de una cofradía que cruza Triana entera para



asomarse a Sevilla ...

*Dulce Virgen Dolorosa,
de San Gonzalo samaritana,
que a los ancianos sus vidas acaricia
con su carita de suave porcelana.*

*Costaleros,
a esa Virgen peregrina
llevadla con amor a La Campana.
¡Que es Salud, primorosa clavellina,
y también tiene gracia de Triana!*

Es el impresionismo de la Semana Santa de Sevilla, que con sólo unos trazos nos dibuja toda una teoría de la entrega de Dios. De la aceptación de su holocausto.

Como Cristo atado a la Columna, que precede desgarradoramente a la que es Reina del Río Grande, de nuevo y por fin grande.

El pregonero debe confesar su devoción por esa Virgen serena y llorosa de la Victoria...

Y cómo la sigue secretamente el Jueves por Triana y por Sevilla; y cómo vive los atardeceres de su cercanía, cuando el viento de poniente le trae los aromas del tabaco de las Indias y el consuelo y la paz de su semblante.

*Bergantines y goletas,
veleros de ultramar,
no atraquéis en esta orilla,
que la vais a despertar.
Errante Virgen llorosa,
del Guadalquivir guardiana,
amiga de mis desvelos,
¡Cigarrera Soberana!*



Segundo Misterio

CRISTO acepta el castigo de la flagelación, de la incomprensión... porque su Reino no es de este mundo. Y ante la hiriente tortura responde con amor. Se siente lacerado en cuerpo y alma, humillado y vencido por el pecado de los hombres... y su mensaje sigue siendo de amor.

Porque es el amor la palabra clave de su misterioso peregrinar. El amor, que es palabra dulce y cuyo camino está tan lleno de espinas. Pero en la aceptación de su injusta sentencia está la senda de nuestra esperanza.

Y no creamos encontrar la respuesta a nuestras preguntas en filosofías materialistas al uso, en un vacío y egoísta concepto de la solidaridad o al socaire de doctrinas que se desmoronan o que imponen el poder de unos hombres sobre otros.

La respuesta está en el Evangelio, en la Palabra Cristo, en su mensaje de paz y libertad, en la inmolad del Hijo de Dios, en su sumisión a su propio ultraje. éste el mensaje de Jesús Despojado, huérfano de amorl el Domingo por Sevilla.

Los hombres abofetearon a Cristo ante su propia grandeza. Y, sin embargo, Él nos dio su amor, nos dio lo más preciado, su Madre. La misma noche del Martes Santo, una caricia de Dios, una brisa suave de su amo: nos la ofreció el Señor para



deleite de Sevilla y los se llanos.

*Bendita sea tu belleza,
Dulce Nombre de María,
que te escapaste del Cielo
para hacerte fantasía.*

¿Habrá Virgen más bonita...?

*Los luceros preguntaban
porqué tanta maravilla
bajó del Cielo a los hombres...*

*Y se quedó para siempre,
la que es Gracia de Sevilla,
y la que es Madre de Dios,
¡La Virgen del Dulce Nombre!*

El mundo que vivimos, dominado por máquinas esclavizan a quienes las crean, plantea problemas nuevos que requieren nuevas respuestas. Y habrá que realizar un sincero esfuerzo para descubrir el plan de Dios en los signos de los tiempos. Y primordialmente habrá que llenarse de franqueza y valentía para pregonar nuestra militancia cofrade, nuestro cristianismo, y llevar la Palabra de Dios en nuestra acción diaria.

De nada servirá nuestra protesta de fe si la reducimos a un acto simbólico o ritual. Ahí está la expresión desesperada de ese Cristo trianero de las Penas o el semblante de serena aceptación del Cristo de la Salud y Buen Viaje, despidiendo el simbólico Vía Crucis al humilladero de la Cruz del Campo. Esa mirada desgarrada es la afirmación de su verdad y el mejor ejemplo para el mundo cristiano.

Ciertamente, debemos adecuar nuestra responsabilidad a los nuevos tiempos, adentrarnos en los problemas humanos para ofrecer una respuesta de hoy; y así contemplar la soledad del anciano, del niño abandonado, del hombre solitario que añora una mano, una sonrisa... y ensayar el amor en ellos, la caridad sencilla de la comprensión y la tolerancia.

Tiene que venir la patética Palabra de Dios para abrirnos los ojos. Y en la Madrugada, con su luminosidad de cruces y látigos, de espera y esperanza para que



afloren y nos posean las sombras de nuestra existencia, de la insolidaridad, del desamor, de la desigualdad entre los hombres. De la maldad ante niños rechazados en sus escuelas, de familias sin hogar huyendo de sus propios vecinos.

"Madre, ahí tienes a tu hijo", y nos estaba hermanando a todos irrenunciablemente.



Tercer Misterio

Y sin embargo, despreciamos a los hombres. Por su lugar en la escala social, por su raza, por su color, por su fidelidad a unos valores que no entendemos. Les hacemos peregrinar por nuestra caprichosa Vía Dolorosa, sin que nadie se apreste a ser su cirineo.

Y todo un Dios caminando con la cruz a cuestas de nuestro desprecio, de nuestra incomprensión.

*Yo te pido, Jesús de la Salud,
por la suerte de los niños gitanos.
Iguales en tu amor, te lo suplico,
que sean iguales todos,
ni payos, ni gitanos.
Reina de San Román,
yo te lo pido,
duérmelos por igual en tu regazo.
¡Y que sean, cuando llegue tu mañana,
sencillamente niños!*



Esta es nuestra diaria coronación de espinas; nuestra actitud vital ante el oprobio.

Y nos aferramos al becerro de oro, a nuestro comfortable, del que desprendemos migajas para tranquilizar nuestra conciencia. Un mundo que, a fuerza de egoísmo, de individualidad, lo trocamos en tenebrosos en inseguro. Así solidificamos nuestra fe con pies de barro, y así nuestra endeble confianza. Como en los de San Juan de la Cruz...

*...y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla el corazón ...*



Vírgenes de Sevilla

Y, sin embargo, en Sevilla se hace la luz una vez más. No podríamos con el peso de nuestro propio pecado si no atisbáramos un Nuevo Mundo en la Palabra de Dios.

Y ese horizonte en Sevilla se afirma como espadaña de su alegría; y se nos llena el corazón con el regalo de la esperanza ... la vivencia sutil de la alegría, la necesidad del mundo de la esperanza.

Sevilla rezará con unción ante el tránsito de amor del Cristo de la Caridad de Santa Marta, y ante la Virgen de la Piedad del Baratillo ... y se estremecerá ante el bronce patético y penitencial de la Quinta Angustia, y a los pies de la Servita Dolorosa el Sábado Santo; y querrá consolar el dolor inconsolable de la Soledad de San Lorenzo...

... Y Sevilla siempre renacerá en la Esperanza.

En Sevilla, decir Esperanza es cantar la alegría, abandonarte a que las noches de azahar y de jazmines inunden tus sentires; y vivir intensa, totalmente la belleza de un palio acompasado, la música sublime que, de costero a costero, te cimbreaba el alma y te lleva en volandas de nuestra celestial y sevillanísima Esperanza.



Y en Sevilla, la Esperanza es una presencia en la calle permanente. Como una cigüeña peregrina que, puntual a la primavera, vuelve a su espadaña, el sevillano recalca en su Esperanza.

Cinco espadañas de ensueño, cinco Esperanzas de Sevilla.

Una que es Gracia de Dios, Gracia y Esperanza y Reina preciosa de San Roque.

Otra Esperanza dulce de ilusiones salesianas, que en- señorea el barrio trinitario cuando declina la Semana Santa.

Una Esperanza espectante y llorosa, que llena de suave belleza la tarde mortecina del Viernes y es fan de fervores en la calle Castilla.

Y allí en Triana, una Esperanza sublime, la Esperanza del río que gana Sevilla cada madrugá y la secuestra en el Castillo de San Jorge hasta que el Cielo es mañana en calle Pureza. Esperanza que arrebatata, que emociona y que funde Triana con Sevilla en el yunque apasiona del Guadalquivir de amores.

*Pescadora y Capitana,
de la calle Larga Reina,
de Sevilla Soberana.
Y la más bella alfarera,
Esperanza de Triana.*

... Las Esperanzas, que hacen de la noche día, cuando una gasa dorada y etérea cubre la ciudad ... toda Sevilla es una gran iglesia, una plegaria itinerante que llena de oraciones la noche iluminada, eterna, inmarchitable... porque las Esperanzas de Sevilla han vencido la negrura de la noche, moldeando la ciudad a imagen de Dios y afirmando que esta mariana Ciudad de Sevilla, en la madrugada, es un trocito de Cielo en la tierra.

Y en la otra orilla, otra Esperanza. La Esperanza del mundo, Macarena. La que es la Madre de Dios... que si el mundo necesita la Esperanza... en Sevilla está la Macarena...

Cuando Ella está en la calle, Sevilla es más Sevilla y más tierra de María Santísima.

Esperanza Macarena, que grabas a fuego el alma trémula de los pregoneros, que acuden a la generosidad de tu Junta de Gobierno, a llevar emocionados tu



imagen sin igual, desde tu exquisito camarín a la caricia de tus devotos hijos.

*Macarena de mi vida,
tu cara junto a la mía,
tu lágrima en mi mejilla,
tu cintura entre mis manos,
¡muero de amor, Madre Mía!*

*Eres Gloria de Sevilla,
la luz, la vida, la espera,
eres la Madre de Dios,
eres el alfa y la omega,
la más sublime oración,
¡Esperanza Macarena!*

Virgenes de Sevilla. Llenando la noche de leves plegarías desde el crisol del paso de palio. Y es que el cano de la belleza, del equilibrio, de la armonía, no encuentra mejor definición que el lento acompasar, sobre los pies, silenciosa oración de costaleros, que el paso de palio Sevilla.

El mensaje del palio irá desde el rigor penitencial la Virgen de las Tristezas a la oración argéntea y fulgurante de María Santísima de la Concepción ... desde la sobriedad formal del palio de cajón de la Virgen de Lore: a la expresión alada y dulcísima de la Paz.

Dolorosas sin palio, Piedad de Bustos Tavera, Sole de San Buenaventura, tan sevillanas, tan apenadas, que por palio tienen el Cielo de luceros de Sevilla y por varales las oraciones del pueblo todo.

Virgenes de Sevilla, que transmiten sus mensajes dulzura con sutileza única; como la Hiniesta, de sevillanísima realeza; o la Virgen de la Encarnación o la Regla, transidas de dolor y desconsuelo. Virgenes arrebatador clasicismo, como Villaviciosa o Montserrat... Virgenes soñadas en la noche de mi Lunes Santo como esa niña preciosa de Guadalupe o como esa brisa de Rocío, que en Santiago acaricia el rostro de su Hijo traicionado.

O como la Virgen del Valle, que se alió con la lluvia para enseñarnos que su paso glorioso por Sevilla debe tener el eco de su preciosa marcha procesional y no de



un ingente ensayo de campanas.

*Y así te aclamó tu pueblo,
Virgen del Valle bendita,
y los ángeles del Cielo
fueron perlando de dicha
tu cara de desconsuelo.*

*Y se te entregó Sevilla.
Y te bailaron los seises.
Y te veneró la calle.
Y te proclamaron Reina;
¡Reina Tú, Virgen del Valle!*



Cuarto Misterio

La oración del nazareno lo lleva a la reflexión de Jesús con la cruz a cuestas. Desde el silencio y la negrura del antifaz, todo un mundo se ofrece a la contemplación del caminante.

Y así verá quien, sobrecogido, observa las imágenes con devoción, con esperanza, con angustia a veces. Y quien celebra la presencia de la cofradía como algo tumultuoso o meramente estético ... hasta quien la observa con indiferente curiosidad ... y hasta quien se oculta, rememorando una cercana y perdida juventud, un mundo a lejano de ilusiones que cegó un mal día el inicio de un camino sin retorno.

Porque en nuestra búsqueda de Cristo, nos esforzamos en verlo siempre en el recóndito tesoro de su altar. Y el rostro de Cristo está constantemente clamando nuestra atención, llamándonos insistente por cualquier calle, por cualquier esquina.

Dejarían de tener sentido nuestras hermandades si abjuraran de su razón de ser, el culto a Dios y a María y el ejercicio de la caridad.

Una caridad que hoy ofrece aristas rigurosamente actuales. Una caridad que nos sitúa frente a la creación de ghettos en las ciudades, que aglutinan hombres, mujeres y niños en bolsas de marginación, en chabolas... casualmente tan cercanas



a la Gran Exposición. Familias destrozadas por el azote del siglo, jóvenes sin horizontes, instalados en la desesperación de la droga, del sida, de la inexorable muerte tan cercana. Jóvenes que llenarían la nómina de una hermandad y para los que no existe norte ni ilusión ni paz.

Y a quienes afirmamos que creemos, se nos ha de exigir un posicionamiento ante estas nuevas razones de la caridad. Y la conciencia de que muy cerca de nosotros está el mal, el desamor, en una cercanía que nos incomoda, que detestamos... y, sin embargo, ahí están esos Cristos vivos tan necesitados de cirineos.

La imagen portentosa de Jesús de Pasión, dulcemente aceptando su pesada cruz... el porte grandioso del Nazareno del Silencio, inundando de fragancias la noche de Sevilla, dan paso a un Dios tres veces caído en San Isidoro y suplicando ayuda en San Vicente. Y todos son llamadas a esa lacerante realidad que no podemos en conciencia desconocer

La figura de Cristo en su entorno, un hombre extraído de la pobreza, de la incultura, inserto en un papel de contestación, de voluntaria marginación, es en sí misma una hiriente reflexión ...

¿Cómo hubiéramos aceptado hoy los cristianos, los cofrades, la presencia de un joven conflictivo que nos llenara nuestras vidas de una realidad molesta...?

Por eso necesito creer en Ti, Señor del Gran Poder, en tu mensaje cierto de esperanza; aferrarme a tu túnica con rabia y decirte que creo, que en Ti creo.

Que eres Dios poderoso, que eres mi fe y mi esperanza, que Tú eres el remedio, que Tú eres el mañana.

¡Cuántas lágrimas de Sevilla en tu mirada ...! ¡Cuántas miradas prendidas en tus espinas ...! ¡Cuántas espinas consoladas a tu paso...!

*Y tu Poder, Señor, en tu mansa mirada.
En tu esfuerzo de Amor de Madrugada.
Y tu paso, sereno y decidido,
conforta cuando nace la Alborada.
Eres Tú, Señor de mi Sevilla.
Gran Poder de todas mis miradas.
Llama de Amor, Poder que maravilla
cuando arrastras tu Cruz acariciada.*



*Miro tu cara sin piedad llagada.
Miro tu divina faz, y creo
que eres Dios; por eso espero
que, junto con mi amor y mi pecado,
seas Tú, Gran Poder, ¡mi cirineo!*

A ese poderoso y manso Dios nos acercamos con fe infinita, con fe absoluta y confiada.

En la Primavera de 1985, quien os habla se encontraba ante el Señor, cuando un incendio llenó de zozobra a quienes a su alrededor nos reuníamos. La dependencia donde los devotos encendían cientos de velas en su honor, era pasto de las llamas y los bomberos hubieron de sofocar el cada vez mayor fragor del fuego. Todo en aquella habitación quedó destruido. En el suelo ennegrecido, entre las pavesas humeantes, inmaculadamente preservada, aparecía la gran fotografía del Gran Poder que presidía la estancia. La misma que hoy santifica el lugar, que es para el pregonero escalofriante y permanente devocionario.

A mí no me lo han contado. Yo he visto, yo he sido atónito testigo, yo he tenido la dicha de asistir a un milagro de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder.

Y es que, en Sevilla, la permanente presencia de Dios, su cercanía, es algo acostumbrado y cotidiano. No habrá ciudad del mundo donde se invoque a Dios y a María con la frecuencia que en ésta su tierra. No habrá un lugar del universo donde al nacer una persona, al tiempo que acudir a su bautismo, encuentre lugar en la nómina de hermanos de esas arterias de vida espiritual.

La hermandad, su diaria vivencia, es cúmulo de fraternidad, de sincera unión entre los hombres y de éstos con Dios. En la hermandad se encuentra el calor de amistad, la alegría compartida, el bálsamo para el dolor. Las hermandades de Sevilla son ingentes familias prolongación de todos los hogares, hogar común de todos los hombres, crisol de la oración y de la adoración a Dios.

En la hermandad, cada día del año, el amor entre los hombres, la caridad callada, sincera ... Hermandad que marca a un barrio, que signa a la familia bajo el manto seguro de una Virgen sevillana ... Hombres y mujeres que viven bajo la fidelidad a una advocación y llenan su vida de un amor absoluto en el silencio de su diario quehacer... cofrades de a pie, que sois la savia renovada, silenciosa y fructífera



de la más sublime oración... que sois el apoyo de la vida espiritual de la religiosidad de Sevilla... cofrades que no habréis de ocupar cargos ni presidencias y que tenéis ese salvoconducto de vida eterna de vuestra entrega y vuestro temprano número en la Hermandad ... ¡cuánto os deben Sevilla, su Iglesia y su Semana Santa...!

Y en la hermandad, en su silencio recóndito, en la soledad buscada, Jesús Sacramentado. Y con Él, nuestra diaria protestación de fe. La afirmación de que, por encima de todo, Dios, su cuerpo y su sangre, presiden nuestras vidas. El acto solemne de nuestra fe ante la certeza de su divina presencia.

Yo no puedo olvidar, no podré nunca olvidar, la noche de mi designación para este acto. En el comienzo de la madrugada me encaminé a mi capilla. Lejos del farrago de la calle, me sobrecogió el silencio y la oración sentida de aquellos adoradores nocturnos que en aquel instante de la noche elevaban sus preces por las intenciones del pregonero. El pregonero, que, subido en la nube de la alegría y la emoción, aún no había reparado en postrarse y dar gracias a Dios.

Tuvo que ser allí. Benditos seáis, hermanos del Museo, que allí, ante la gran verdad de Jesús Sacramentado, disteis al pregonero la primera lección, la primera oración y la primera ofrenda a los pies del Cuerpo vivo de Dios Nuestro Señor.



Quinto Misterio

DIJO San Pablo a los Corintios: "Con vosotros decidí ignorarlo todo, excepto a Cristo Jesús, y a Éste, crucificado".

Dios eligió la cruz de propósito para su holocausto; y al hacerlo, convirtió un signo de oprobio en señal de victoria. La más fantástica y milagrosa lección teológica la constituye un trozo de madero al que los cristianos nos abrazamos, conscientes de la transfiguración operada por Dios.

La cruz como unión de los hombres. La cruz como expresión de toda una razón de vida... la cruz que nos acerca como ariete de amor el Santísimo Cristo de la Exaltación... la cruz que llena la tarde del Miércoles del mensaje tenebroso de las Siete Palabras... la cruz asaeteada por Longino y que es canto misericordioso en La Alcazaba.

La cruz como estandarte, la cruz serena que es mensaje juvenil en la permanente oración universitaria. El compromiso de la siembra de la fe en el foro de inquietudes ... la afirmación de Dios en los jóvenes que navegan en pos de la ciencia. Toda Sevilla es Alma Mater cuando la estatuilla alada de La Fama se llena de luto



incontenible ante un crucificado sin igual.

Cristo de la Buena Muerte, de la dulce muerte acariciada, de la muerte de Dios humanizada ...

*Y el Martes, en el Postigo del Aceite,
la Pura y Limpia llora sin consuelo,
cuando pasa por la tarde sin anhelo,
¡el Cristo yerto de la Buena Muerte!*

Cristo de la esperanza en la vida nueva. Llenando sin embargo de sueños los atardeceres únicos de Sevilla ... Cristo franciscano del Buen Fin, que dejás jirones de bondad en los niños anhelantes de tu vida plena... Cristo de las Almas, roto y ultrajado y afirmando tu muerte esperanzada ... Cristo de la Fundación, rotundamente inmolado ... Cristo de mi Vera-Cruz, desespero de tu humano sacrificio, que me llenas de añoranzas de una tierra amada, a la que encontré un día dormida en una campiña dorada, y es hoy tabernáculo de mis amores compartidos ... Cristo de la Vera-Cruz, de la Vera Esperanza de la cruz...

La afirmación victoriosa de la cruz, que en Triana es apasionado llanto vespertino. En la tarde del Viernes, se llena Sevilla de un encanto sublime. Diríase, con Manuel Machado, que es "más bella, mil veces, que el propio sueño". Y es que Sevilla copia del Cielo toda la gracia; y en su liturgia popular, aprende las inefables claves de la fe para expresarlas a sevillano modo.

De Triana por el puente, en la luz rezagada del atardecer, avanza la premonición de la muerte, llenando Sevilla de su locura de amor.

... Quizá sea que ese espía inquieto del Giraldillo se em- pina para adivinar - porque Sevilla lo presiente- que se acerca el Cachorro, abiertos sus brazos de amor ensangrentado y con el desespero de sus ojos velados clavados en el Cielo. Y en el Cachorro, Triana y Sevilla, una sola oración:

*Eres la luz de tus ojos ya cegada.
Eres la muerte irremisible sentenciada.
Eres la vida a borbotones desangrada.
Eres la esperanza del hombre revelada.*



*Eres, Señor, el norte de mi vida.
 Eres grito de sangre derramada.
 Eres la paz el Viernes por Triana.
 Eres la dicha siempre por Sevilla.
 Eres la llave de mi desvarío.
 Eres la plenitud de mi esperanza.
 ¡Eres el Hijo de Dios, Cachorro mío!*

El signo de la cruz, a la que el sevillano llama Salud porque sabe que su triunfo sobre la muerte habrá de darle la vida. Cristo de la Salud de San Bernardo, que reproduces año tras año el milagro de que tu muerte ensangrentada de claveles llene de vida y alegría tu barrio muerto. Salud de la Carretería, Salud penitencial del Arenal, proclamando tu muerte tan serena. Cristo del Calvario, que pones tu nota mortecina cuando empieza a concebirse la luz de la mañana y se funde el tímido horizonte con la presencia ténue de tu cuerpo muerto ...

La entrega de Cristo a su destino, la aceptación de la pérdida de la libertad... Santísimo Cristo de la Sed ... varios chicotás tan sólo y de nuevo junto a tus presos, tan anhelantes de su libertad irrenunciable. Derrama, Señor, tu sangre redentora sobre su tribulación ... que redima el cuerpo y el alma de tantos bienaventurados a los que dañó la equívoca justicia de los hombres.

Que tu misericordia dé resignación a las familias añoran tes, consuelo a las madres y esperanza a quienes cuentan con rabia su rosario doloroso indeclinable. Y que pronto sus hijos disfruten de su sonrisa, de su orgullo filial intangible, del calor de un pecho apasionado ... hombres y mujeres que sufrís la pérdida de la libertad, a los que dedico mi oración y este humilde pregón... yo, que a tantos privé de ella y de los que tan cerca me siento en el dolor y la esperanza.

Yo quisiera igualarme con vosotros en vuestra hiriente trabajadera y pedir a Dios que quepa en ella la redención y el amor ... deciros que llegará esa brisa soñada de la libertad, "a ésta es", para que nazca un horizonte de bondad y de Cielo.

Así se lo pido a mi Cristo, mi Cristo expirante, mi Cristo muriéndose a chorros y defendiendo ese último estertor quebrado de su vida.

Yo sé, Señor, porque Tú me lo enseñaste, que tu cara es la cara de la muerte. El momento en que el último hálito de la vida se escapa irremisible ... yo lo vi, Señor, cuando llamaste a mi padre a la verdad de tu esperanza, y mis ojos angustiados



buscaban implorantes a los tuyos y me encontré con la muerte para la vida que yo te suplicaba.

Y allí entendí tu mensaje de vida eterna. Allí supe, Señor, que tu mirada perdida, y tu boca sin aliento, y tu cuerpo en tensión desesperada eran la agonía de tu naturaleza humana, pero el comienzo de su dulce mañana.

¿Porqué, escultor, no esperaste un solo momento más... porqué no diste a mi Cristo su placidez soñada...?

Cristo de la Expiración de mi Museo. Cristo de la vida; que me enseñas a vivir día a día, cuando contemplo tu figura desafiando toda concepción estética y toda duda humana...

Mi vida está aquí, donde está tu muerte; mi vida eres Tú y fuera de tu muerte no hay vida alguna.

*La noche agonizando,
y tu figura expirante pregonando
los últimos instantes de tu vida,
la muerte que acrisolas sin medida,
amor que tu mensaje nos va dando.*

*Expiración de Dios, vas caminando
en la noche del Lunes por Sevilla;
muriendo a mares, y abrazando
los estertores de tu exigua vida.*

*Expiración de Dios, Tú me confortas
por ser del Padre la palabra viva.
¡Y en el éxtasis de amor de mi Museo
eres la ofrenda de clemencia prometida!*



... Mi Virgen

CUANDO te rezo, cuando roto por la estación de penitencia, me abandono en el íntimo silencio de la capilla a tu abrazo paternal, entre tu grandeza y mi plegaria encuentro siempre un leve mensaje de ternura entre tules que me arrebatan.

Su presencia exquisita, su mirada inefable es el regazo donde descanso mis pecados, mis dudas, mis inquietudes grandes y pequeñas. Élla es la serena noche adormecida, que me aroma la vida y me seduce cuando, en mi Lunes, la veo aparecer despaciosa, cadenciosamente, acompasada a los sonos inconfundiblemente suyos - Virgen de las Aguas- andando, sobre los pies, por la Plaza del Museo, serenando los dantescos trazos de Valdés Leal y afirmando los angelicales azules sevillanos de Murillo...

... Yo, que, por ir junto a Él, con mi cruz penitente y porque mi número en el cuadrante no me permitirá nunca acercarme a su presencia, que me moriré sin verla a mi lado... tengo que imaginarla siempre hasta encontrarme con Élla en el Museo.

Élla es el encanto, la frescura de su carita de niña, la consoladora Madre de todos, a la que nos aferramos con excluyente amor.



En la mar serena de tu tocado, de tu orilla blanca de espuma salinera, Virgen mía... cuando la noche insinuada se afirma en Sevilla, en tu caricia de tul y mar, en el cañaveral de luz de la oración de tu prioste, en tu luz temblorosa, suplicante de sombras ... es tu belleza el bálsamo de mi vida.

¡Cuántas veces te habrán dicho "más bonita que ninguna", en un piropo que es oración desgarrada ...!

¡Cuántas veces te habrán gritado que tu pena es la más grande del firmamento porque viéndote, en la frescura de tu presencia divina, nos sentimos más cerca del Cielo...!

¡Cuántas veces viéndote, como yo te he soñado, entre las bambalinas del Cielo y de la noche... tu cara de pureza y de primores... eres la bendición de Dios en la tierra!

¡Y cuántas veces, Virgen mía, quise verte a la puerta del Juzgado... tan llena de angustia por la suerte de tu Hijo, por la premonición de su destino... llorosa por su incierta libertad, serena por tu maternal esperanza ...!

¡Cuántas veces quise verte tras tu Hijo por la amarga Vía Dolorosa de la soledad, el paro, la incompreensión ... deshilando su tela de araña de la droga... y siempre con tu carita dulce, serenamente llorosa, bellísimamente triste...!

Tú eres la esperanza, Tú eres la alegría y a tus pies, Señora, se embriaga Sevilla de tu belleza tenue, de tu dulzura única... plenitud de tus Aguas, de tu llanto y tu entrega ... Venite ad aguas, sedientos de tu amor y de tu gracia... ¡porque en ese pañolito que leve cimbreaba el viento, caben todos los pecados, todas las penas y toda la esperanza de Sevilla!

*Y casi al alba,
cuanto Tú llegabas,
ensoñación de tul en las estrellas.
Y en tu carita leve de azucena,
las luces que anunciaban la alborada.
En tu palio, temblorosa luminaria,
acaricio tu manto de azul cielo,
queriendo convertir tus dulces lágrimas
en guardabrisas para mi consuelo.*



*Aguas de la luz y la ambrosía.
Aguas de ternura inmarcesible,
que llenas de tu llanto incontenible
la noche de Sevilla, ¡Virgen mía!*



A modo de adiós

SE apagarán las luces, crepusculares de sombras. Y se irá silencioso el visitante como un río indiferente ... parecerá dormida la ciudad, cansada de los fastos pasajeros... quedará la memoria, fugaz de los recuerdos, de un tiempo y una gloria efímera, ...la tierra despoblada de banderas. Y el mañana...

Se quedará Sevilla varada en su intangible grandeza... y de nuevo, un incesante aleteo irá despertando un júbilo cercano y repetido... cabildos y quinaros, juras y papeletas de sitio... no es ninguna aventura. Es la vida. Es la Sevilla verdadera que empieza a trazar, tras la Aurora de la Resurrección, una nueva Semana Santa.

Y a acortar los días... y a elevar esa oración inacabada de bordadores, orfebres, doradores... hasta que la esperanza incandescente de la cera cristalice en esbelta oración.

Y la luz de la primera de nuevo en La Campana; y de nuevo esa constelación de vida jubilosa, trémula de espera, de estos locos de amor por Dios y por María.

Ahora, Señor, que me has permitido asomarme a los umbrales de la ciudad soñada... ahora que te pido una vez más licencia para sentirme cofrade sevillano...



ahora que mi voz cansada da paso al rezo de los surtidores de la incipiente Primavera
... Ahora, Señor, -los cuatro zancos de mi oración por igual a tierra- desde el recuerdo
sosegado de mi playa serena ...

Ahora, Señor, ¡puedes llamar cuando quieras!

Que Dios les bendiga.

Muchas gracias.



*Mi vida está aquí,
Donde está tu muerte;
Mi vida eres Tu
Y fuera de tu muerte
No hay vida alguna.*



Pregón de la Semana Santa
Sevilla
XX de XXXXX de XXXX
Pregonero

